

LA VIDA BREVE

Carlos Battilana*

DATOS DE LA OBRA

Oscar Conde (2017). *La risa postergada*. Buenos Aires: Peces de Ciudad. ISBN 978-987-42-4827-5

Dos tradiciones de larga estirpe confluyen en *La risa postergada*, de Oscar Conde: la poesía ciudadana de Baudelaire y la atmósfera temperamental de Discépolo. El punto de encuentro de estas experiencias poéticas es, sin duda, la urbe: el paisaje literario de la modernidad. En este libro, la urbe no se halla en primer plano, pero es el soporte de la experiencia del sujeto poético. La ciudad irrumpe mediante mínimos resquicios: “la baranda ácida del bondi a medianoche”; “una tarde de miércoles con lluvia”; “la línea de semáforos”; “la ventana cerrada del bar Montecarlo”. Un individuo urbano que se atormenta a través de introspecciones y balances y que, al mismo tiempo, se decepciona por los “fracasos” en medio del frenesí aparece en estos poemas de manera escindida, como Dr. Jeekyll y Mr. Hyde, o como William Wilson, y administra sus pasiones más íntimas y sus peores pesadillas en una constante oscilación: el amor presente y las ilusiones perdidas.

El libro trabaja con varios tópicos. Quizás el principal es el coraje y, en ese sentido, ensaya una pedagogía. La cita de Zbigniew Herbert dice: “sé valiente cuando falla la razón sé valiente / al fin y al cabo es lo único que importa”. La forma imperativa revela que el coraje es un acto de la voluntad y una decisión, que se aprende progresivamente, aun con miedo, o sobre todo con miedo. Borges insistía en sus maravillosos textos en que un individuo sabe para siempre quién es en un instante decisivo. Recordemos, a modo de ejemplo, sus cuentos orilleros (“Hombre de la esquina rosada”) y gauchescos (“Biografía de Tadeo Isidoro Cruz”). La encrucijada en función del deseo y la libertad, o en función del miedo y la obediencia son los caminos que se manifiestan a los per-

* Poeta y crítico. Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Profesor titular en la Universidad Nacional de Hurlingham y docente e investigador en la UBA. Correo electrónico: carlosebattilana@gmail.com *Gramma*, XXVIII, 59 (2017), pp. 199-200.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. Área de Letras del Instituto de Investigación de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. ISSN 1850-0161.

sonajes borgianos, y en los que sellan sus destinos. Aquí no. En *La risa postergada*, la valentía es un ejercicio que se transita (y se tramita) todos los días en medio del trajín y de los altibajos. La mente tiende su emboscada en un teatro de operaciones que es el futuro, transformado a menudo en un muro y en una cruel ansiedad: “en este horno de barro que es mi mente / se asa el costillar / de mis padecimientos futuros”.

El hilo del tiempo, más que reconocerse como fluido, parece encerrar obstáculos y avatares en un nombre y apellido concretos: “esta cárcel fugaz / que es Oscar Conde”. No obstante, cuando leemos los poemas reconocemos que la energía es el combustible principal de este individuo, lleno de esfuerzo y disciplina. Mediante un fraseo coloquial, tantea sus límites y los límites inevitables de cualquier existencia. Incluso parece obtener un goce particular al revisar esas fronteras: “empiezan a dolerme las horas / de trabajo. ya no juego / a ser dios”. El sujeto poético del libro, atravesado por tensiones, articula los restos dispersos e incandescentes del mundo, y dota de sentido a sus jornadas, a pesar de afirmar en el “Posfacio” que no es “bueno por naturaleza”, que “la bondad” es algo que procura imponerse a sí mismo cotidianamente. Si se reconoce poco diestro para la felicidad y la bondad, hay indicios (el cuerpo de la mujer amada, el afecto de los amigos y de los jóvenes discípulos de sus clases, incluso el epígrafe fraternal) que dan cobertura a una vida posible y deseable.

“Noche cerrada” es un poema que puede leerse como sinécdoque del libro. Narra la experiencia de un día en la vida del poeta (“este día atroz que se termina / vencido y sin vencerme”). Esta escena de agotamiento se repite. Es la escena de un hombre que llega abrumado al final de su jornada de trabajo y, en un instante de soledad, piensa en su pasado y se lamenta por lo que pudo haber sido. Sin embargo, el acto de enunciar ya es hacer pie en el presente. Además, el sujeto poético se reconoce “mejor de lo que fui” al evocar la felicidad que le proporciona la mano de su hija, a quien acompaña todas las mañanas a la escuela, y al imaginar un pequeño futuro, un resto de vitalidad: “estudiar bandoneón”, “dominar esos esquivos / katas de *shoden* / que se resisten”. Al designar los hábitos y las maneras que lo habitan, libre ya de los fantasmas y las torturas del ideal, el poeta emprende el saludable camino de la invisibilidad para “explorar otros mundos”. La forma en que se llega al final de la existencia siempre encierra una pregunta ética acerca del tránsito, pues el miedo por el misterio eterno de la muerte puede tener su reverso en el tiempo de la sucesión: la vida breve. En ocasiones una mano, unos brazos, un cuerpo nos alientan y nos acarician durante los pocos días que tenemos aquí, en la tierra, y ese pequeño caudal, entonces, obra, en *La risa postergada*, de Oscar Conde, como oxígeno y como extraordinaria redención.